

ciales mas importantes que allí se encontraban, agregué:

—Tambien está aquí el general D. Plácido Vega.

—Aquí en Tepic?

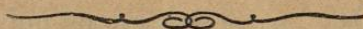
—Vive con Lozada, pero en estos momentos se halla en la ciudad. ¿Quiere Vd. verlo?

Despues de vacilar un segundo, me contestó:

—Sí.

—En ese caso voy á llamarlo.

Entonces sali en busca de Vega, el cual me abrazó alborozado luego que le comuniqué la noticia de que se encontraba con nosotros el caudillo de la revolucion.



CAPITULO XXXII.

EL CEBORUCO.

El general Diaz y el general Vega se comprendieron bien desde la primera conferencia, y no obstante los recelos que abrigaba el primero para con Lozada, en quien no podia confiarse, de un modo absoluto, convino en hacerle una visita para llegar á un acuerdo, si esto era posible, en el porvenir. Si de pronto no facilitaba sus elementos, por lo menos siempre convenia que se establecieran algunas bases para mas adelante. ¿Cómo habia de ser posible que subsistiera ante ningun gobierno el cacicazgo de Lozada que no obedecia leyes ni reconocia superior, exhibiendo el hecho único en el mundo de encontrarse organizado una especie de imperio dentro de una República? ¿No era conveniente entenderse en un punto de tanta importancia con el señor de aquellas tierras? Tanto él como Vega tenian el propósito de proclamar

una República independiente, esto era cierto y los planes nos eran conocidos; pero sin concederles ni un punto en ellos, ¿no era conveniente arreglar cualquier preliminar de tratados que pudiera traer para mas tarde la paz de aquel canton importante, su buen gobierno dentro de las leyes del país y su prosperidad?

Así es que aunque al principio el general Diaz manifestó alguna repugnancia para ver al general Lozada y hasta pensaba en seguir adelante guardando el incógnito, al fin fué persuadido por el general Vega y designó el día en que debíamos trasladarnos á San Luis de Lozada.

Entretanto llegó á Tepic el coronel D. Francisco Mena que era uno de los ayudantes de mas estimacion de nuestro caudillo, el cual se habia visto tambien obligado para poder incorporársenos á dar un gran rodeo por el extranjero.

Habia pues allí un fuerte núcleo revolucionario que era preciso poner en accion. No podiamos ya permanecer allí mucho tiempo, sin correr peligros muy serios. El gobierno general llegando á saber que en Tepic se encontraba el caudillo de la revolucion y muchos jefes de alguna importancia, pedia dirigirse á Lozada y persuadirle de que nos entregara ya para deberle ese servicio ó ya tentando su codicia de una manera que pudiera ser concluyente. En último caso podian ser guardados todos los caminos que nos sacaran de allí para cualquiera parte y en ellos ser aprehendidos con facilidad.

El primer tropiezo que tuvimos fué el del dinero,

que no podiamos conseguir por mas esfuerzos que hiciéramos en tales circunstancias. En vano Betancourt, Mena y yo anduvimos tocando de puerta en puerta en las principales casas de comercio: ninguno de nuestros nombres les dió garantias ni para mil pesos. Les dijimos al fin lo que podiamos estimar como un secreto y que á la vez ya no lo era, que allí estaba para garantizar cualquier empréstito el mismo caudillo de la revolucion.

—Ya la revolucion está perdida, nos contestaban en algunas casas y en otras:

—Nosotros no nos mezclamos en política.

Y realmente necesitábamos cuando menos unos cuatro ó cinco mil pesos para equiparnos y equipar á los que pudiéramos de los principales oficiales, para poder salir de allí siquiera una caravana de 30 hombres armados. Tres ó cuatro á lo mas teniamos lo necesario, pero los otros habian perdido sus armas y caballos.

Sobre todo, necesitábamos montar bien á nuestro caudillo en virtud de que el caballo con que habia llegado á Tepic estaba hecho una miseria y habia que proveerlo de otras muchas cosas. Entonces acudimos á nuestros bolsillos particulares y se encontró con que yo era el único poseedor de una suma de tres á cuatrocientos pesos que puse desde luego á disposicion de Mena para que hiciera las compras, cediéndole ademas algo de mi equipaje.

Esa suma la destinaba segun dije antes, para hacer una remesa á mi familia, con seguridad de que esta-

ba ya careciendo hasta de lo necesario; pero recibió un rudo castigo mi liberalidad, viniendo á saberlo algunos años despues. Inventado por Mena ó alzado en torno suyo se levantó un rumor malévoló acusándome de que llevando en mi cinturón cinco ó seis mil pesos en oro apenas me desprendia de tres ó cuatrocientos, cantidad insuficiente para cubrir nuestras angustias.

¡Siempre la calumnia mordiéndome! ¡siempre la villanía cercándome! ¡siempre la mala fé cebándose en mi honradez que es por lo único individual que he tenido culto en mi vida!

¿De donde podría yo contar con cinco mil pesos en aquellas circunstancias? O del robo ó del juego. Para robármelos no habia tenido ni la mas pequeña oportunidad en la campaña que acababa de hacer al lado de Martínez, tanto porque yo no manejaba fondos, como porque no los teníamos, subalternados como nos habiamos visto á Treviño y á Guerra. Mucho menos en Mazatlan en donde era yo un simple particular amigo del gobierno. Tampoco podia haber ganado al juego aquella cantidad porque el que mas tenia de nosotros era Betancourt y nunca llegó á tener en Tepic mil pesos reunidos. Además, yo no jugaba mas que malilla ó tresillo por matar el tiempo y la vez en que gané mas á nuestro Cresso fueron cinco pesos.

El resultado de aquel rumor fué comunicado á nuestro caudillo y le hizo como era natural muy mala impresion. El no estaba obligado á examinar los antecedentes que he dicho, ni tenia motivos para dudar de lo que se le presentaba como un hecho evidente, y ni

siquiera le dejaron agradecer el inmenso sacrificio que yo hacia desprendiéndome de lo que estaba destinado para proporcionar pan á mi familia.

Algun tiempo despues y cuando ya ni siquiera me convenia ocuparme de entrar en esplicaciones, me refirieron la especie varios de los amigos que formábamós entonces su círculo íntimo.

—Vaya una ocurrencia! les contesté, ¿y pudo creerlo el general?

—Si lo creyó.

—¿Por qué no preguntó entonces á Peimbert, á Michel, á Gaxiola, á Betancourt, á Donato Guerra ó á cualquiera otro de los que conocian perfectamente mi situacion casi miserable?

—Porque se lo dijo una persona de que no podia dudar.

—Poco despues él mismo pudo convencerse de la calumnia una vez que estuvimos dos meses viviendo juntos y muchas veces tapados con un mismo abrigo.

—¡Ah! pero aquella persona le contó entonces que Vd. habia depositado ya sus fondos en una casa fuerte de Tepic.

—¡Infames bribones los que inventan esos chismes sin tener una prueba! decia yo con arrebató.

Y me encontraba con que ni siquiera podia intentar justificarme de una pequeñez tan ridícula, que en el fondo me hacia aparecer como egoista y mal correligionario; ¡Y esto cuando infinitas veces habia hecho el sacrificio de todo cuanto poseia en el altar de mis afecciones políticas!

Como en aquellos momentos estaba yo muy ageno á la tempestad de mentiras que se hacia cernir sobre mi cabeza, formándose una atmósfera saturada de veneno que habia de hacer mal á los que me contemplaban ya como un monstruo, acompañé muy contento y con mi habitual buen humor al coronel Mena á hacer las compras para el general y yo mismo lo llevé á ver un bonito caballo que ya antes se me habia propuesto.

En un abrir y cerrar de ojos concluimos con mi poco dinero y en seguida nos fuimos á San Luis de Lozada aceptando la hospitalidad con que constantemente nos estaba brindando D. Plácido Vega.

El objeto que nos estableció por unos cuantos dias en la capital, que asi podia llamarse, del Señor absoluto de aquellas tierras, era el de que nuestro caudillo pudiera verlo y cautivarlo con su presencia, arrancándole algunos elementos de guerra que eran los que mas falta nos hacian. No queriamos que nos diera ni un hombre, conformándonos con mil ó dos mil fusiles y cuatro ó seis piezas de montaña en calidad de pronto reintegro. Se tenia la intencion de pedirle mucho para que concediera algo razonable.

Con el fin de encontrarlo mas dócil cuando se le pudiera abordar, el general Diaz convino en firmar el decreto que hacia del Nayarit un Estado libre y soberano, sobre cuyo punto habia insistido mucho el general D. Plácido Vega. Mucha repugnancia tuvimos para acceder á estas pretensiones, pero llegó á ser condicion *sine qua non* y caímos en el garlito.

Cuando hablo en plural apropiándome una parte de lo que se estaba haciendo, lo hago porque yo formaba en compañía de Mena algunas veces, el consejo del general Porfirio Diaz. Acordábamos los negocios como en familia, ya cuando volviamos de hacer un paseo á caballo ó cuando nos quedábamos conversando en la sobre mesa despues de la cena ó del desayuno.

Sucedió entonces que el general Lozada se puso bastante malo de la quemadura que habia sufrido en el ojo, á consecuencia de algunas sustancias cáusticas que le habia ministrado su curandero, al cual mandó castigar por supuesto con la dureza de costumbre, y con motivo de aquella gravedad se pasaron quince dias sin que pudiera recibir á nuestro caudillo. Entonces el general Vega temiendo que nos fuéramos á fastidiar con esta demora, inventó una distraccion que en aquellas circunstancias nos venia muy á pelo: el volcan del Ceboruco estaba en erupcion, lo teniamos casi en las narices y podiamos ir á visitarlo satisfaciendo uno de los mas vivos deseos expresados por el general en jefe.

Casi tan pronto como se dijo, fué hecho, pues que al dia siguiente nos pusimos en camino esperando que el general Vega se nos incorporara mas tarde porque siempre era muy lento en sus movimientos, principalmente al tratarse de cualquier expedicion, pues que nunca se resolvía á separarse de su domicilio sin dejar todos sus papeles en regla y todo lo demas con las precauciones de la víspera de un dia de batalla.

En esa época mandé una amplia revista á los pe-

riódicos amigos de la capital sobre nuestra escursion al Ceboruco, y en discusion acalorada se acordó que no se publicara por la mala impresion que haría en el público saber que andábamos en paseos cuando nuestros amigos se estaban batiendo duro tanto en el centro como en las fronteras. Hoy me sería fácil rehacer esa revista porque conservo frescas todas las impresiones de nuestra agradable excursion por el país de las lavas candentes; pero como ahora tendria menos oportunidad aquella, me conformo con terminar este capítulo dando unas cuantas pinceladas sobre aquel grandioso cuadro que se quedó para siempre grabado en mi imaginacion.

Llegamos al pueblecillo que está en el camino, situado completamente á las faldas del Ceboruco. Este no es una montaña muy elevada y es de fácil acceso á la simple vista por todos lados, aunque aproximándose mas se descubren una infinidad de obstáculos, como sus grandes grietas y sus inmensas superficies de cenizas calientes y de lavas ardiendo que se estremecen como un lecho gelatinoso á la simple pisada de un hombre.

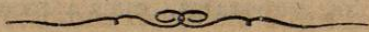
Luego que se nos incorporó D. Plácido, al segundo dia, formalizamos nuestra expedicion y salimos de nuestro alojamiento, á donde llegaban rodando grandes trozos de roca que se veian caer por la noche como globos de fuego. Llevamos los guías y mozos que se habian de quedar con nuestros caballos en donde fuera necesario. Salimos en caravana, como llevo dicho, de la mejor casa del pueblecillo que ocupábamos

y nos fuimos faldeando á tomar el camino en el lado opuesto por el que empezamos á ascender hasta un punto en que ya no era posible que pudieran pisar los caballos. El terreno ademas de estar cubierto de lava, era movedizo y resbaloso. Entonces seguimos pié á tierra, yendo por delante los generales, un poco mas atras Gaxiola y yo y mas lejos Mena y los otros acompañantes que por fin se resolvieron á esperar sentados á la sombra de un árbol el resultado de la excursion.

La vegetacion en el punto á que habiamos llegado era casi nula componiéndose de pinos en su mayor parte secos ó quemados: secos con el calor del cráter y las cenizas que los cubrian á cada momento y quemados por la multitud de rayos que les caían. En un dia de tempestad vimos caer sobre el Ceboruco mas de trescientos rayos en hora y media y estuvo moderada aquella estrepitosa electricidad segun nos dijeron.

Por fin nos rindió la fatiga á los que íbamos mas inmediatos á los generales, pues á mas de los peligros que íbamos que tener evitando por las abras que nos envolvian en humo, la pendiente era rápida y en el terreno no se podia asentar el pié con seguridad, pareciendo hundirse á cada momento compuesta como estaba de arenas y lavas ardiendo. Pero desde el punto en que nos quedamos vimos llegar al general Diaz al mismo cráter del volcan, seguido á muy pocos pasos del general Vega, y tomando aquel el primer palo que encontró á guisa de asta bandera, le colocó una toalla y lo aseguró en el punto mas alto.

Cuando volvimos al rancho vimos desde allí con asombro ondear la blanca bandera que en el punto mas accidentado y mas peligroso habia clavado con su propia mano el intrépido caudillo de la revolucion.



CAPITULO XXXIII.

GOLPE INESPERADO.

Nuestra excursion al Ceboruco, que fué en los últimos dias de Junio, nos distrajo hasta el dia 1.º de Julio en que regresamos á San Luis de Lozada. Entonces urgimos á D. Plácido Vega para que se arreglara cuanto antes lo que tuviera que arreglarse con el Sr. de aquellas tierras.

—El general sigue malo, nos contestó D. Plácido, y se niega absolutamente á recibir á persona alguna.

—Pues no le hablaremos nosotros, pero háblele Vd.

—Yo mismo tengo dificultades:

—Entonces vámonos.

—Les pido á Vds. únicamente tres dias: si dentro de tres dias no es recibido el general Diaz por Lozada, nos vamos luego, pues que yo tambien les acompaño.

—Está bien, concedemos tres dias por la última vez.

Y nos propusimos pasar aquellos tres dias de la ma